



Graciela Montes  
Ilustraciones de Julia Díaz

# Teodo

Teodo vivía ahí nomás, en el Fondo del Jardín, cerquita de todo el mundo, pero como era un odo muy tímido casi nadie lo conocía por el nombre.

Teodo usaba el flequillo bien largo para taparse la cara y andaba siempre escondido detrás de una hoja de laurel.



Teodo era muy amable y todas las mañanas saludaba; claro que los buenos días le salían en voz tan baja pero tan bajita que a gatas si algún gusano violinista le oía un ao ao ao cuando se cruzaba con él por el camino.



Teodo también vivía en una latita de azafrán, como casi todos los odos, pero, en lugar de pintarla de amarillo o de colorado o de azul, él la había pintado de verde oscuro y la había empujado debajo de un malvón, para poder mirar sin que lo vieran desde detrás de las hojas.



Teodo no era mecánico, como Nicolodo, ni albañil, como Odoacro, ni carpintero, como Odosio. En realidad nadie sabía bien en qué trabajaba Teodo, porque no usaba mameluco ni gorro ni rastrillo.

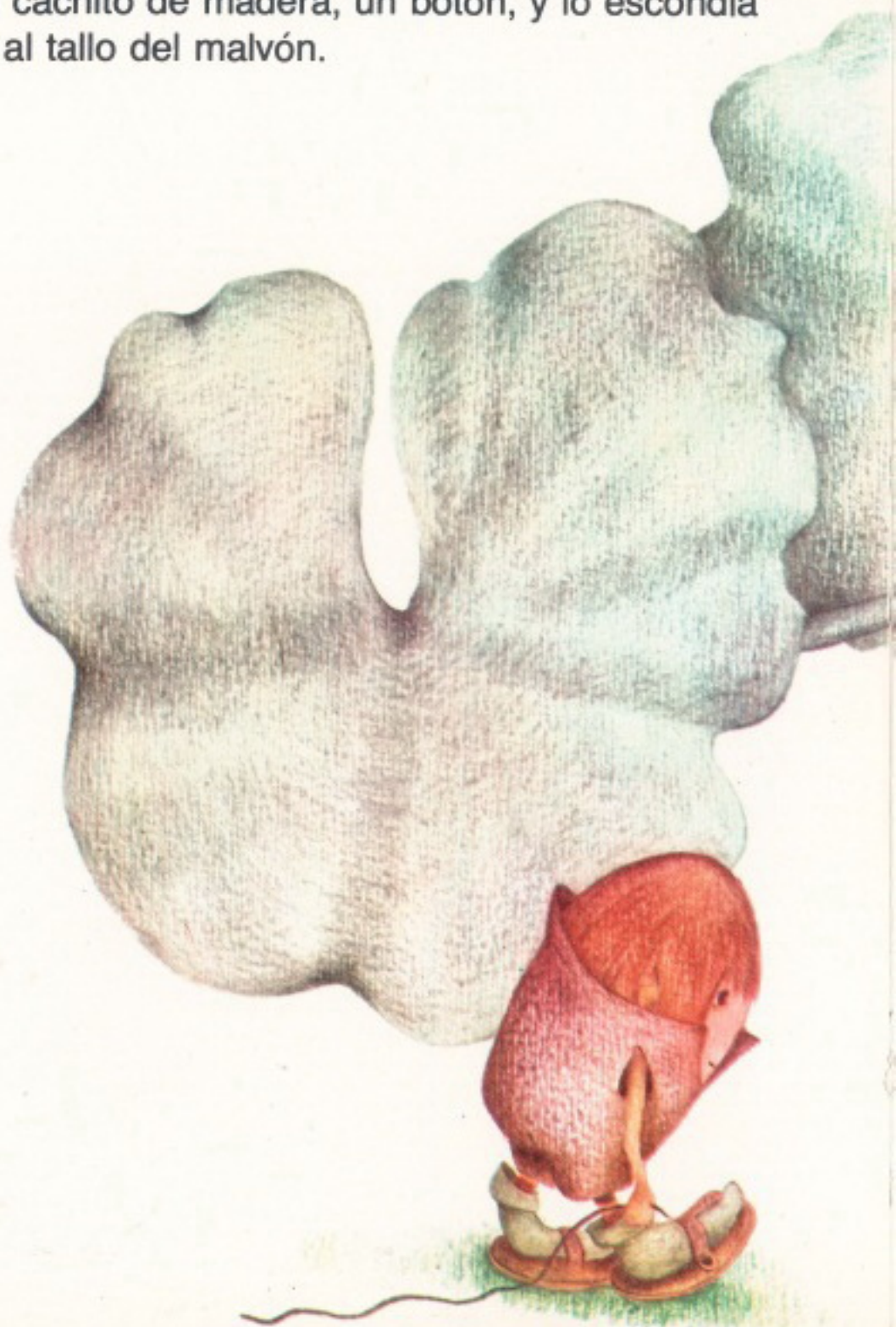




Pero trabajaba, eso sí. Cualquiera se daba cuenta de que Teodo trabajaba mucho. Iba y volvía, pasaba y cruzaba tan apurado y tan cargado que, si no hubiera sido porque era tirando a redondo y flequilludo, lo habrían confundido con una hormiga.



A veces llegaba cansadísimo hasta su lata, después de una recorrida, trayendo entre los brazos un pedacito de tela, o una tuerca y un hilito, un alambre roto, algún tornillo, un cachito de madera, un botón, y lo escondía todo junto al tallo del malvón.







También se lo oía martillar y aserrar y golpetear y tintinear y rasquetear y cepillar, y los que pasaban cerca de ese malvón oían tric y trac, y pum y pam, y chic y chac, y crash y trash, y rrrron y rrrran.



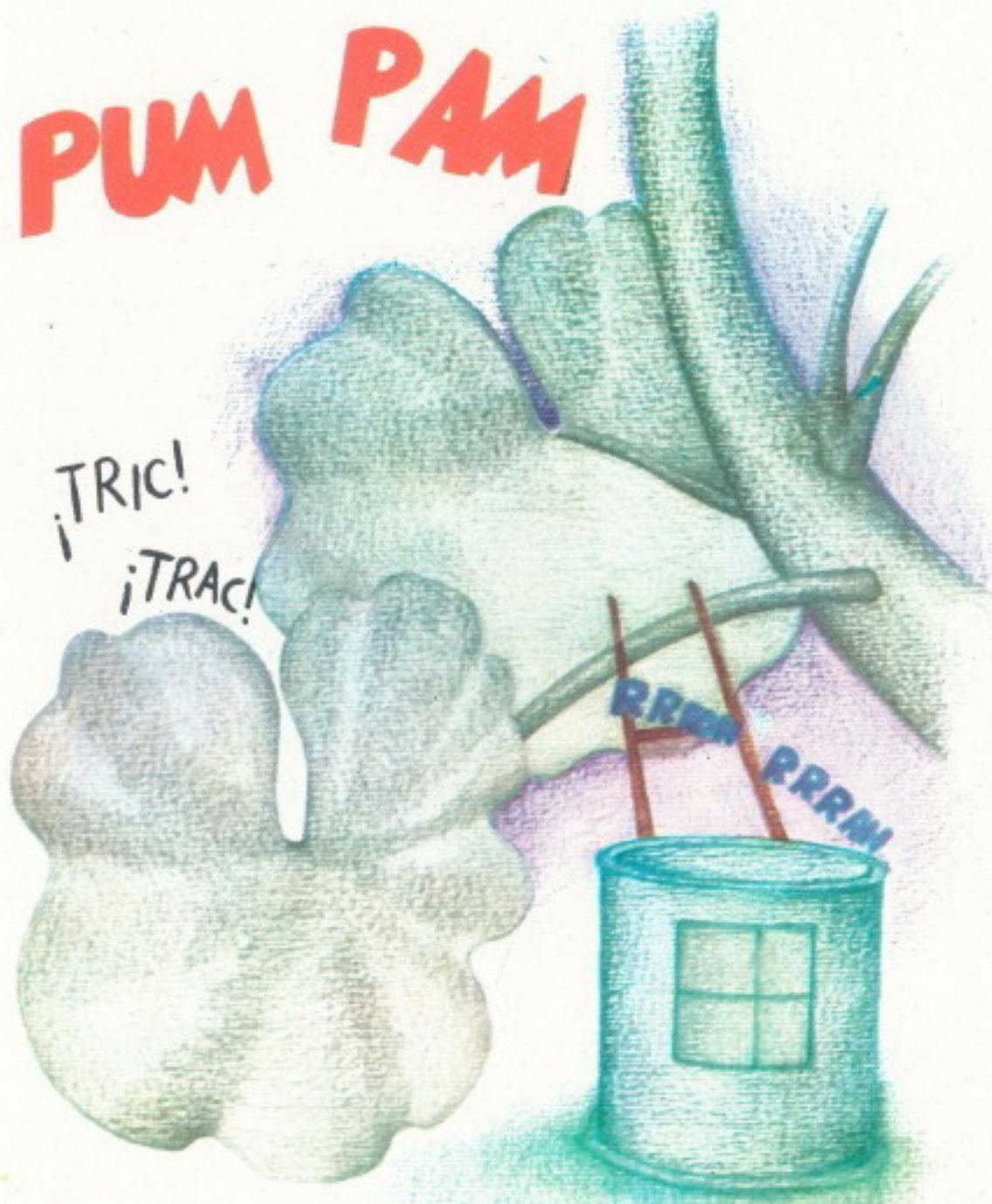


**PUM PAM**

iTRIC!

iTRAC!

PRRN PRRN!







Hubo noches en que las luciérnagas más curiosas se acercaron con sus linternas para espiar entre las hojas. Pero Teodo dormía y dormía y soñaba dentro de su lata, y no se oía ni siquiera un pum o un pam. Un lunes bien temprano Teodo puso un cartel chiquito y un poco escondido que decía: INVENTODO.





—¿Inventodo? ¿y qué inventa? —preguntaron enseguida las hormigas, que ya se sabe que son de lo más inquietas. Y no solo las hormigas. También los gusanos y los caracoles y los grillos y las abejas y las mariposas y los ciempiés y las arañas y los demás odos compañeros, todos todos fueron a preguntar.





INVENTOD







Cuando Teodo vio tantos vecinos formados delante del malvón no se animó a salir, pero levantó un poco la tapa de su latita, espió con un ojo y dijo:  
—Buenos días.







Claro que lo único que le salió fue ao ao ao o, mejor dicho, ao ao ao, porque casi no se oía.

—Buen día, don —respondió una hormiga muy atenta y un poco confianzuda—. Aquí veníamos a preguntar que qué es eso de “inventodo”: ¿“Inventodo” de “inventar”? ¿Y qué inventa?





Teodo estaba más nervioso que nunca y sentía mucha vergüenza. Quiso ponerse a explicar y como lo único que le salió fue un ao ao ao que parecía un suspiro se metió atrás del malvón y empezó a sacar afuera unos aparatos de lo más raros, llenos de ruedas y de ruidos.

Las hormigas fueron las primeras en meterse debajo del malvón para ver mejor.

—¿Y esto qué es? —preguntaron dos o tres al mismo tiempo acercándose a un invento bastante simpático, con tres patas cortas y una rueda con manija.

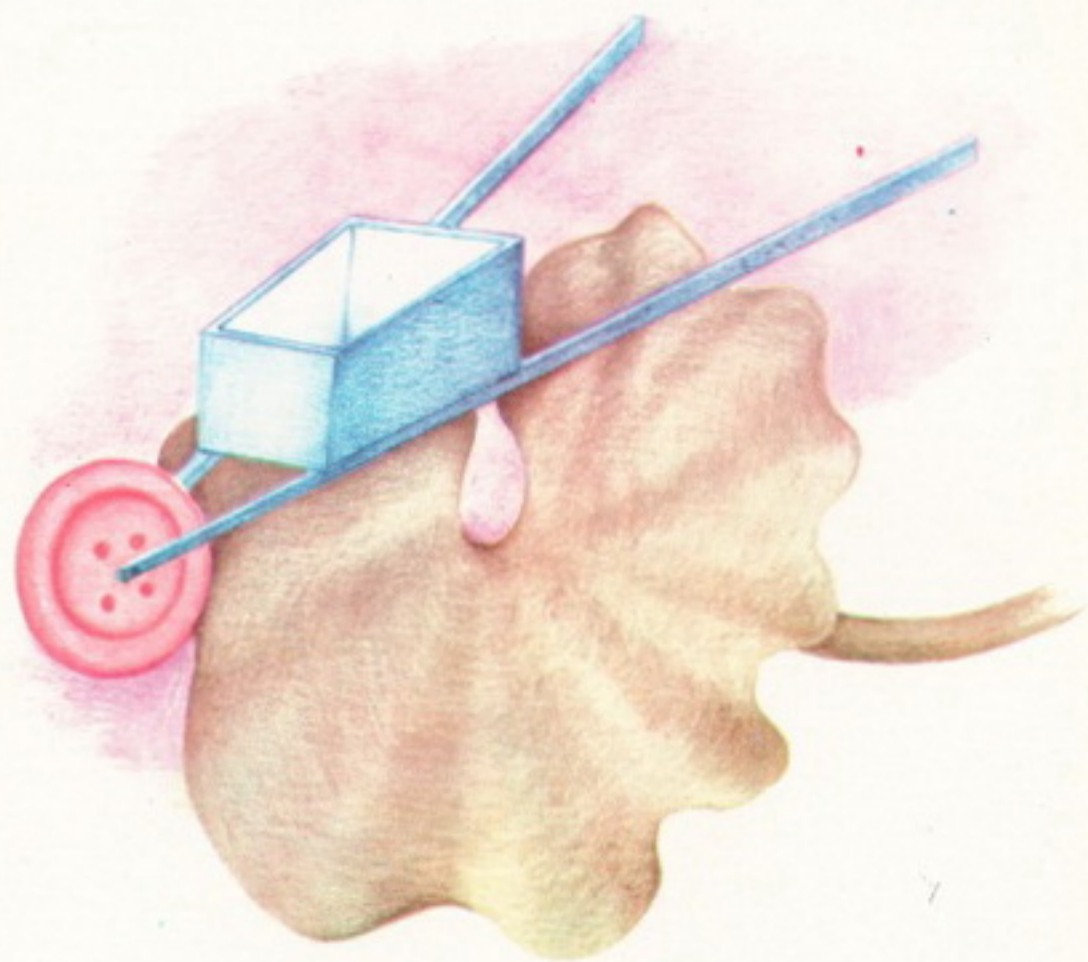


Los gusanos ya estaban recorriendo una máquina grandota, llena de tornillos y de piolines, y tres odos muy discretos hacían comentarios en voz baja acerca de un carrito de dos ruedas.

El sapo, que acababa de llegar a los saltos y todavía estaba mojado, se quedó con la boca abierta mirando una carretilla petisa con las manijas muy largas.







—¿Y esto? ¿Y esto? —preguntaron todos.  
El malvón de Teodo estaba más lleno que el ciempiés de  
las siete de la mañana.

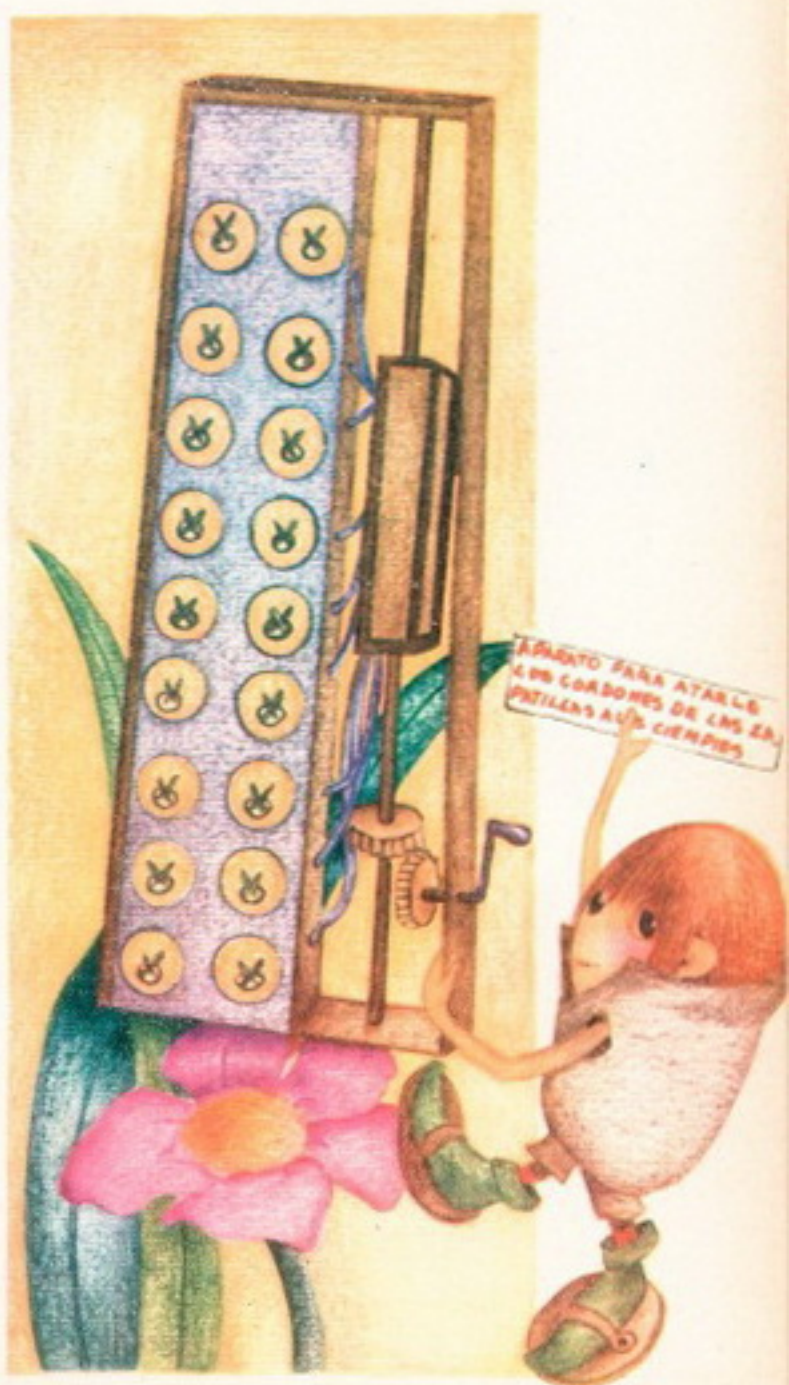
El único que no estaba era Teodo. Se había metido en la latita y estaba dele escribir papelitos. Cuando salió tenía como seis o siete o quince carteles y los fue poniendo al lado de los inventos.

“Afiladora para agujones de abejas”, decía uno.





“Carretilla para que cincuenta hormigas se lleven a su casa todo un árbol”, decía otro. “Taxicarro para caracoles apurados. Anda a gorrión o a sapo.” “Máquina para desenredar telarañas.” “Aparato para atarles los cordones de las zapatillas a los ciempiés.” “Aerosol para pintar las alas de las mariposas.”











Todos dijeron que los inventos de Teodo eran muy lindos y muy útiles, y los ciempiés empezaron a formar fila delante del atacordones, y las mariposas se empujaban para ser las primeras en probar el aerosol verde esmeralda, y los caracoles apurados eran tantos que habrían hecho falta diez carritos, y un batallón de hormigas ya había empezado a cargar de hojas y de hojitas la carretilla, y había como tres arañas con las telas enredadas delante de la máquina de desenredar.



Teodo estaba muy colorado, pero también un poquito azul de puro contento, y aunque extrañaba el silencio de su malvón escondido, se sentía feliz de tener tantos amigos.

—¡Qué odo tan popular! —le dijo un caracol que hacía cola a una mariposa verde esmeralda.

Y Teodo dijo fuerte, bien fuerte:

—AO.